

# 1. La sociedad debe ser desmantelada

## Democracia, igualdad y lo social

La palabra (inglesa y castellana) «democracia» deriva de las palabras en griego antiguo *demos* (el pueblo) y *kratos* (poder o gobierno). En contraste con oligarquía, monarquía, aristocracia, plutocracia, tiranía y gobierno colonial, democracia significa los acuerdos políticos a través de los cuales el mismo pueblo gobierna.<sup>1</sup>

La igualdad política es la base de la democracia. Todo el resto es opcional —de las constituciones a las libertades individuales, de las formas económicas específicas a las instituciones políticas específicas—. La igualdad política por sí sola asegura que la composición y ejercicio del poder político esté autorizado por la totalidad y deba rendirle cuentas a la totalidad. Cuando la igualdad política está ausente, sea por

---

<sup>1</sup> Lo que los antiguos atenienses entendían por *demos* está en disputa entre los académicos contemporáneos. Véase, por ejemplo, Josiah Ober, «The Original Meaning of Democracy» disponible en <https://onlinelibrary.wiley.com/doi/abs/10.1111/j.1467-8675.2008.00471.x>; y la crítica de Daniela Cammack a Ober en «The Dêmos in Dêmokratia» disponible en [https://scholar.harvard.edu/files/dlcammack/files/cammack\\_2019.pdf](https://scholar.harvard.edu/files/dlcammack/files/cammack_2019.pdf)

exclusiones políticas específicas o por privilegios, por las disparidades sociales o económicas extremas, por el acceso al conocimiento desigual o administrado, o por la manipulación del sistema electoral, el poder político inevitablemente será ejercido por y para una parte, más que por el todo. El *demos* deja de gobernar.

La importancia de la igualdad política para la democracia es la razón por la cual Rousseau insistía en que las diferencias de poder dentro de un pueblo democrático deben «no ser tan grandes como para que puedan ser ejercidas como violencia», y también que nadie «sea tan rico como para que pueda comprar a otro y que nadie sea tan pobre como para verse forzado a venderse».<sup>2</sup> El argumento de Rousseau era que más que un problema de injusticia o de sufrimiento, la sistematización de la violencia de grupo o la miseria ponen fin a la democracia. La importancia de la igualdad política para la democracia es la razón por la cual Alexis de Tocqueville identificaba la emergencia moderna de la democracia con «una revolución en el material de la sociedad» —una transformación social que destruía los rangos, o lo que él llamó «desigualdad de condiciones»—.<sup>3</sup> La importancia de la igualdad política para la democracia es también la razón por la cual los antiguos demócratas atenienses, más astutos respecto del poder que los modernos, identificaban los tres pilares de la democracia como *isēgoría*, el derecho igualitario de todo ciudadano de hablar y ser escuchado por la asamblea en materia de políticas públicas; *isonomía*, la igualdad ante la ley; e *isopoliteía*, votos de igual peso e igual oportunidad de asumir cargos en la

---

<sup>2</sup> Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.

<sup>3</sup> Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1997, Introducción, p. 35.

administración política. Los atenienses pueden haber apreciado la libertad, pero entendieron que la democracia está anclada a la igualdad.

Si se las mide por la igualdad política, las democracias llamadas, según el caso, liberal, burguesa o capitalista nunca han sido completas, y las provisiones democráticas que contienen se han ido debilitando incesantemente en las últimas décadas. ¿Cómo es posible, de hecho, asegurar la igualdad política en grandes Estados nación con economías capitalistas? Sheldon Wolin afirma que para cultivar la democracia en esos escenarios es necesario hacer una demanda específica al Estado, es decir, que actúe deliberadamente a fin de reducir las desigualdades de poder entre los ciudadanos. Solo entonces se puede aproximar a la igualdad política; solo entonces la vida política podría estar al servicio de la totalidad y no solo de una élite.<sup>4</sup> Para enfatizar su argumento sobre el paradójico requerimiento democrático de que los Estados construyan igualdad política, Wolin cita con aprobación la crítica de Marx a la *Filosofía del derecho* de Hegel: «Es evidente que todas las formas del Estado moderno «tienen a la democracia como su verdad, y por esa razón son falsas hasta el punto de que no son democracias».<sup>5</sup> Wolin entiende que Marx reconoce que la democracia es «un tipo distinto de asociación que apunta al bien de todos» que «depende de las contribuciones, los sacrificios y las lealtades de todos».<sup>6</sup>

<sup>4</sup> Sheldon Wolin, *Fugitive Democracy and other essays*, op. cit.

<sup>5</sup> Wolin, «Democracy and the Political», *Fugitive Democracy*, Nueva York, Princeton University Press, 2017, p 247; y Wolin toma a Marx para decir que la legitimidad del Estado moderno descansa en la afirmación de gobernar para el bien de la sociedad entera, de brindar el bien común, antes que ser instrumentos de las élites. De Hegel, Marx acepta la aspiración o el engaño del Estado moderno de ser «universal» y así revela la famosa «revolución en la vida material» que debe producirse para que esa aspiración sea realizada.

<sup>6</sup> Wolin, «Democracy and the Political», en *Fugitive Democracy...*

Al mismo tiempo, Wolin caracteriza el requerimiento de que el Estado emplee su propio poder para crear a la ciudadanía democrática como un movimiento en contra del curso natural del poder político.<sup>7</sup> Ese curso natural, que Tocqueville mostró vívidamente al discutir sobre esta cuestión, va hacia la concentración y la centralización; el poder político y especialmente el poder del Estado no se diluyen naturalmente a través de la diseminación, aunque el gobierno efectivo pueda operar por esos mismos medios.

La democracia es, entonces, el más débil de los trillizos en disputa nacidos de la modernidad europea temprana, junto con los Estados nación y el capitalismo.<sup>8</sup> Según Wolin, no existe tal cosa como un Estado democrático, ya que los Estados abducen, institucionalizan y ejercen un «plus de poder» generado por el pueblo; la democracia siempre está en otra parte distinta del Estado, incluso en las democracias.<sup>9</sup> El término capitalismo democratizado es también un oxímoron y los demócratas radicales tienen buenas razones para promover formas económicas alternativas. Dicho esto, el capitalismo puede ser modulado en direcciones más o menos democráticas, y los Estados pueden hacer más o menos para nutrir o aplastar la igualdad política de la que depende la democracia.

¿Qué cosas, al margen de los elogios, hacen avanzar y protegen la igualdad política en este contexto? Leyes antidiscriminatorias que garanticen las condiciones adecuadas de existencia (ingreso, vivienda, salud)

---

<sup>7</sup> *Ibidem.*

<sup>8</sup> Sobre nuestros tiempos, Wolin dice: «La contención de la democracia política está [...] íntimamente conectada con la animosidad contra la socialdemocracia». Prefacio a *Fugitive Democracy...*, p. X.

<sup>9</sup> Wolin, prefacio a *Fugitive Democracy...*, p. IX.

son cruciales para prevenir la privación de derechos por pura desesperación. También es vital el apoyo del Estado a una educación cívica de calidad, al voto y al acceso a cargos públicos para quienes de otra manera estarían impedidos de participar del poder político. La democracia también requiere constante vigilancia a fin de evitar que los que concentran la riqueza tomen el control del poder político. Estos (sean corporaciones o individuos) nunca dejarán de intentar lograr ese control, y una vez que alcanzan suficiente fuerza, no hay límites para sus prácticas egoístas, lo que puede incluir impedir que los pobres y los históricamente marginados realicen demandas políticas o incluso que voten.<sup>10</sup> En resumen, una orientación hacia la democracia en el contexto de los Estados nación y el capitalismo requiere la financiación y apoyo del Estado a los bienes públicos —desde la salud hasta la educación de calidad—, la redistribución económica y una fuerte profilaxis contra la corrupción de la riqueza. Ni los mercados ni los que ganan con ellos pueden ser autorizados a gobernar por el bien de la democracia; ambos deben ser contenidos en interés de la igualdad política, base de la democracia.

---

<sup>10</sup> Aunque muchas veces sean reflexivos, también toman la forma de proyectos bien preparados, como los desarrollados meticulosamente por James Buchanan, los hermanos Koch y el Instituto Cato, en los que el objetivo deliberado es reemplazar la democracia por el gobierno de los ricos blancos, así como capturar instituciones y discursos políticos para este fin. Véase Nancy MacLean, *Democracy in Chains: The Deep History of the Radical Right's Stealth Plan for America*, Nueva York, Viking, 2017. El fraude electoral y la supresión de votantes se han convertido en tácticas evidentes y directas del Partido Republicano en años recientes y fueron vividamente desplegadas en las elecciones parlamentarias de 2018. Sascha Meinrath, «Two Big Problems with American Voting That Have Nothing to Do with Russian Hacking», *The Conversation*, 6 de noviembre de 2017, disponible en <https://theconversation.com>; Germán López, «Voter Suppression Really May Have Made the Difference for Republicans in Georgia», *Vox*, 7 de noviembre de 2018, disponible en <https://www.vox.com>.

Con el fin de clarificar, la idea no es que las democracias tengan que gestionar lo que desde el siglo XIX se llama «la cuestión social», que se ocupa de cómo aliviar el empobrecimiento de las mayorías en el capitalismo mientras genera una riqueza sin precedentes para algunos pocos. «La cuestión social» tiende a estar encuadrada en términos de compasión por los pobres, honestidad o preocupación por los estallidos sociales. El punto aquí es otro: que la democracia requiere esfuerzos explícitos para crear un pueblo capaz de comprometerse con un autogobierno mesurado, esfuerzos contra las desigualdades sociales y económicas que ponen en peligro la igualdad política.

La democracia también requiere un fuerte cultivo de la sociedad como el lugar donde experimentamos un destino común más allá de las diferencias y la separación. Situado conceptualmente y en la práctica entre el Estado y la vida personal, lo social es donde ciudadanos de extracciones y recursos enormemente desiguales pueden juntarse y pensarse. Es donde se nos conceden derechos de ciudadanía y donde estamos reunidos (y no somos meramente cuidados) para la provisión de bienes públicos; donde las desigualdades históricamente producidas se vuelven manifiestas como acceso, voz y tratamientos diferenciados; así como el espacio donde esas desigualdades pueden ser parcialmente compensadas. La justicia social es el antídoto esencial contra las estratificaciones, las exclusiones, las abyecciones y las desigualdades, de otra manera despolitizadas, que acompañan a la despreocupación liberal por los asuntos comunes de los órdenes capitalistas; y es en sí misma una sencilla refutación de la imposibilidad de una democracia directa en Estados nación grandes o en sus sucesores posnacionales, como la Unión Europea.

Más que una persuasión ideológica, la justicia social —la modulación de los poderes del capitalismo, del colonialismo, de la raza, del género y otros— es todo lo que hay entre el sostenimiento de la promesa (siempre incumplida) de la democracia y el abandono total de esa promesa. Lo social es donde somos más que individuos o familias, más que productores económicos, consumidores o inversores, y más que meros miembros de una nación.

Efectivamente, la existencia de la sociedad y la idea de lo social —su inteligibilidad, su protección ante los poderes estratificantes y, sobre todo, su pertinencia como espacio de justicia y de bien común— es precisamente lo que el neoliberalismo se dispone a destruir conceptual, normativa y prácticamente. Denunciada como una palabra sin sentido por Hayek y declarada de forma célebre como no existente por Margaret Thatcher («No existe tal cosa...»), la «sociedad» es un término peyorativo para la derecha de hoy en día, que acusa a los militantes políticos y activistas (en inglés *social justice warriors*, SJWs) de socavar la libertad con una agenda tiránica de igualdad social, derechos civiles, leyes antidiscriminación, y hasta educación pública. El neoliberalismo intentó directamente desmantelar el Estado social, ya fuera privatizándolo (la revolución Reagan-Thatcher), devolviendo sus tareas a la sociedad (a través de la «Big Society» del Reino Unido y los «Points of Light» de Bush), eliminando los restos del Estado de bienestar o «deconstruyendo el Estado administrativo» (el objetivo de Steve Bannon para la presidencia de Trump). En cada caso, no es solo la regulación social y la redistribución lo que se rechaza como inapropiadas interferencias en los mercados o ataques contra la libertad. También se descarta la dependencia de la democracia respecto de la igualdad política.<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> Wolfgang Streeck se refiere a esto como deseconomizar la democracia. Véase Streeck, *Buying Time: The Delayed Crisis of Democratic Capitalism*, op. cit.

El ataque neoliberal a lo social, que vamos a examinar detenidamente, es clave para generar una *cultura antidemocrática desde abajo*, al mismo tiempo que para construir y legitimar *formas antidemocráticas de poder estatal desde arriba*. La sinergia entre las dos es profunda: una ciudadanía cada vez menos democrática y cada vez más antidemocrática está mucho más dispuesta a autorizar un Estado cada vez más antidemocrático. Mientras el ataque a lo social vence al entendimiento democrático de la sociedad sostenido por un pueblo diverso, igualmente acreditado para participar del autogobierno, la política se vuelve un campo de posicionamientos extremos y autoritarios, y la libertad se convierte en un derecho de apropiación, de disrupción e incluso de destrucción de lo social — su enemigo manifiesto —.

El ataque a la sociedad y a la justicia social en las décadas neoliberales es muy típico del proyecto de desmantelamiento y de desprecio del Estado social en nombre de individuos libres responsabilizados. Alcanzó un *crescendo* institucionalizado en el régimen de Trump, en el que agencias gubernamentales diseñadas para acompañar el bienestar social en las áreas de salud, servicios, educación, vivienda, trabajo, desarrollo urbano y medio ambiente estaban dirigidas por quienes se comprometieron a mercantilizar o eliminar esos bienes, en vez de protegerlos o administrarlos.<sup>12</sup> También tenemos la recientemente fundada Oficina para la Innovación Americana, liderada por el yerno de Trump, Jared Kushner. La presentación de la Casa Blanca de esta oficina como un «equipo SWAT dedicado

---

<sup>12</sup> Así Trump explicó afablemente a sus seguidores por qué pone a «una persona rica a cargo de la economía» y llena su gabinete con megamillonarios, convirtiendo la plutocracia algo de sentido común, en vez de una forma política subversiva.

a organizar el gobierno con ideas empresariales» capta en una frase el desplazamiento del gobierno democrático hacia la gestión y el control (policial), junto con la desintegración de la sociedad en unidades de producción y de consumo.<sup>13</sup>

Al asumir el nuevo cargo, Kushner dijo: «El gobierno debería funcionar como una gran compañía estadounidense. Nuestra esperanza es que podamos alcanzar éxito y eficiencia para nuestros clientes, que son los ciudadanos».<sup>14</sup> Pero son las compañías, y no los clientes, las que buscan «éxito y eficiencia» —los clientes están en el extremo receptor del marketing y de las estrategias de relaciones públicas—. De esta forma, más que simplemente revelar su falta de conocimiento y experiencia políticas y su incapacidad para entender la democracia, Kushner tal vez inconscientemente haya confesado que si el gobierno funcionara como un negocio, especialmente el tipo de negocios de su padre y de su suegro, los ciudadanos-clientes se volverían sus objetos de ganancia, desprotegidos, explotables y manipulables.

## La sociedad debe ser desmantelada

De todos los intelectuales neoliberales, Friedrich Hayek fue el que más sistemáticamente criticó la noción de lo social y la sociedad, y ofreció la crítica más sostenida a la socialdemocracia. La hostilidad de Hayek hacia lo social está sobredeterminada, podría decirse

---

<sup>13</sup> Ashley Parker y Philip Rucker, «Trump Taps Kushner to Lead a SWAT Team to Fix Government with Business Ideas», *Washington Post*, 26 de marzo, 2017, disponible en <https://www.washingtonpost.com>.

<sup>14</sup> *Ibidem*.

que demasiado, cuando busca bases epistemológicas, ontológicas, políticas, económicas e incluso morales. La misma noción de lo social le parece falsa y peligrosa, insignificante y vacía, destructiva y deshonestas, un «fraude semántico». La preocupación por lo social es la marca de todos los intentos descabellados de controlar la existencia colectiva, la prueba de la tiranía. Hayek considera a la «sociedad» una «expresión burda», la «nueva deidad frente a la que nos quejamos [...] si no cumple con las expectativas que ha creado».<sup>15</sup> En el mejor de los casos, dice, la palabra tiene una nostalgia de mundos antiguos de asociaciones pequeñas e íntimas y presupone falsamente «una búsqueda en común de propósitos compartidos». En el peor de los casos, es una pantalla para el poder coercitivo del gobierno.<sup>16</sup> La justicia social es un «espejismo», y la atracción hacia ella es «la amenaza más grave para la mayoría de los valores de una civilización libre».<sup>17</sup>

¿Cómo es posible que la sociedad y la justicia social sean todas estas cosas? ¿Y cuál es la raíz de la animosidad de Hayek contra la sociedad y la justicia social? La primera pista se encuentra en la frustración de Hayek respecto de la ambigüedad del significado moderno de «sociedad». El hecho de que denota tantos tipos diferentes de conexión humana «sugiere falsamente que todos

---

<sup>15</sup> Hayek, *Law, legislation and liberty. Volume 2: The Mirage of Social Justice*, Chicago (IL), Chicago University Press, 1973, p. 69 [Citaremos de ahora en adelante la edición en inglés con nuestra traducción; ed. cast.: *Derecho, legislación y libertad. Volumen 2. El espejismo de la justicia social*, Madrid, Unión Editorial, 1988].

<sup>16</sup> Hayek, *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism*, Chicago (IL), University of Chicago Press, 1989, pp. 112, 113 [Citaremos de ahora en adelante la edición en inglés con nuestra traducción; ed. cast.: *La fatal arrogancia: los errores del socialismo*, Madrid, Unión Editorial, 2010].

<sup>17</sup> Hayek, *Law, legislation and liberty. Volume 2: The Mirage of Social Justice*, *op. cit.*, pp. 66-68.

esos sistemas son del mismo tipo», y Hayek ve algo más que imprecisión en el pasaje semántico de pequeños grupos electivos a los Estados nación.<sup>18</sup> Al considerar que el origen latino del término (*societas*, de *soctus*) implica a un prójimo conocido o compañero, Hayek detecta un peligroso romance con un pasado perdido en su uso contemporáneo, en el que «sociedad» es usado inapropiadamente para denotar cooperación humana impersonal, no intencionada y sin diseño previo a escala masiva. La compleja interdependencia en la modernidad, dice Hayek, no surge del sentimiento de compañerismo o de una búsqueda común organizada, sino de individuos que siguen reglas de conducta que emanan de los mercados y las tradiciones morales.<sup>19</sup> Llamar a esto «sociedad» combina equívocamente «formaciones tan completamente diferentes como la compañía de individuos en contacto personal constante y estructuras formadas por millones que están conectados solo por signos resultantes de cadenas de intercambio largas e infinitamente ramificadas».<sup>20</sup> Sin embargo, esta combinación, más que ser meramente equívoca, revela el «deseo oculto» por parte de la justicia social o por sus defensores de modelar los órdenes modernos sobre la base de nociones intencionadas y organizadas del bien —la sustancia del totalitarismo—.

Hayek vislumbra una segunda ilusión peligrosa en la idea y en la idealización de la sociedad. El concepto, dice Hayek, se basa en una falsa personificación de un conjunto de individuos y un falso animismo en el cual «lo que ha sido traído por procesos impersonales y espontáneos del orden extendido» es imaginado como

---

<sup>18</sup> Hayek, *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism*, op. cit., p. 112.

<sup>19</sup> Hayek, *Law, legislation and liberty. Volume 2: The Mirage of Social Justice*, op. cit., p. 67.

<sup>20</sup> Hayek, *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism*, op. cit., p. 113.

«el resultado de la creación humana deliberada».<sup>21</sup> Tanto la personificación como el animismo generan la ilusión de que ciertas cosas son «de valor para la sociedad» y deberían ser apoyadas por el Estado (legitimando su amplio alcance y su poder coercitivo), cosas que pueden ser valoradas solo por individuos o grupos.<sup>22</sup> La personificación y el animismo también llevan a la creencia de que la sociedad es más que los efectos de procesos espontáneos y que, por lo tanto, esta puede ser manipulada o movilizada como una totalidad; esta es la base del totalitarismo.<sup>23</sup> Se llega así a la creencia de que la sociedad es el producto de un diseño —mejorable por medio de un diseño más racional— que pondría trabas a las tradiciones y a las libertades evolucionadas que son la verdadera base del orden, la innovación y el progreso.<sup>24</sup>

Pero sobre todo, la falsa personificación y el animismo pintan erróneamente a la sociedad como el escenario de la justicia. Si se imagina que la sociedad existe aparte de los individuos y si su orden se piensa como el efecto de una construcción deliberada, se sigue que debería ser diseñada por diseñadores con una mentalidad orientada hacia la justicia. Esto abre la puerta para la intervención estatal ilimitada tanto en los mercados como en los códigos morales, lo cual, sostiene Hayek, tiene «una tendencia peculiar de autoaceleración»:

---

<sup>21</sup> Hayek, *Law, legislation and liberty. Volume 3: The Mirage of Social Justice*, op. cit., p. 75-76 y *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism*, op. cit., p. 116.

<sup>22</sup> *Ibidem*, pp. 76-78.

<sup>23</sup> Hayek, *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism*, op. cit., p. 113.

<sup>24</sup> Hayek atribuye esas creencias a Marx, lo cual es una lectura equívoca de la propia teoría de Marx del poder social, de la historia y hasta de las posibilidades del comunismo.

Mientras más dependiente sea la posición de individuos o grupos de las acciones del gobierno, más van a insistir en que los gobiernos apunten a algún esquema reconocible de justicia distributiva; y en tanto los gobiernos más traten de alcanzar algún patrón de distribución deseable, más deberán sujetar bajo su control la posición de diferentes individuos y grupos. Si la creencia en la «justicia social» gobierna la acción política, este proceso se acercará progresivamente y cada vez más a un sistema totalitario.<sup>25</sup>

La alternativa de Hayek a la planificación o a la justicia administrada por el Estado no es, como suele decirse, el capitalismo de libre mercado. En vez de eso, tal y como se elaborará con más detalle en el capítulo 3, la moral y los mercados juntos generan la conducta evolucionada y disciplinada para «crear y sostener el orden ampliado». La conducta evolucionada «se encuentra entre el instinto y la razón» y no puede ser sometida a una justificación racional, aunque pueda ser reconstruida racionalmente.<sup>26</sup> Aunque podamos articular retrospectivamente tanto la función de los mercados como de la moral, estos no son producto de un diseño funcionalista; de hecho, su emergencia evolutiva y su operación imperfecta son fundamentales para Hayek: «Si dejáramos de hacer todo aquello cuyas razones no conocemos, o por lo cual no podemos dar una justificación [...] probablemente moriríamos muy pronto».<sup>27</sup>

---

<sup>25</sup> Hayek, *Law, legislation and liberty. Volume 2: The Mirage of Social Justice*, op. cit., p. 68.

<sup>26</sup> De hecho, ningún código moral puede ser sometido a justificación racional, porque este evoluciona y acarrea significados y valor que están más allá del alcance de la intencionalidad y la comprensión. Hayek, *Law, legislation and liberty. Volume 2: The Mirage of Social Justice...*, pp. 68-70.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 68.

Los mercados y la moral no son, entonces, ni mensurables ni opuestos a la razón, ni racionales ni irracionales. Más bien, estos perduran y son válidos porque surgen «espontáneamente», evolucionan y se adaptan «orgánicamente», vinculan a los seres humanos independientemente de las intenciones y establecen reglas de conducta sin depender de la coerción o el castigo estatal. Tanto los mercados como la tradición moral generan un orden dinámico, en vez de estático, y crean nuevos «poderes humanos que de otra forma no existirían».<sup>28</sup> Ambos propagan una conducta adecuada en grandes poblaciones sin depender de la intención humana extralimitada o de las falacias de la razón y sin emplear los poderes del Estado.

Los mercados y la moral, para Hayek, revelan también la verdadera naturaleza de la justicia —su preocupación exclusiva por la conducta, más que por los efectos o resultados—. La justicia trata solo sobre los principios correctos, universalmente aplicados, y no sobre las condiciones o los asuntos del Estado.<sup>29</sup> La justicia tampoco tiene nada que ver con el esfuerzo compensatorio. Hayek incluso considera que el utilitarismo se equivoca en este punto, especialmente John Stuart Mill, a quien critica por haber escrito que una «sociedad justa debería tratar igual de bien a todos los que lo hayan merecido».<sup>30</sup> De forma más significativa, ataca a Horatio Alger por popularizar la idea de que la mejor defensa del capitalismo es la recompensa para los que trabajan duro.<sup>31</sup> De hecho, Hayek declara en repetidas oportunidades que los mercados recompensan las con-

---

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 79.

<sup>29</sup> *Ibidem*, pp. 31-36

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 63.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 74.

tribuciones, nada más.<sup>32</sup> Tales contribuciones, como la riqueza o la innovación, pueden o no ser el fruto de grandes esfuerzos e, inversamente, largos e intensos trabajos pueden dar muy poco.<sup>33</sup> Hayek sabe que esto puede resultar decepcionante, pero sostiene que no es injusto —la confusión de lo primero y lo segundo es el gran error de los socialdemócratas—.

Los sistemas de la moral tradicional son paralelos a los mercados en muchos sentidos, agrega Hayek, especialmente en su provisión de un orden sin diseño y su colocación de la justicia en el ámbito de las reglas, más que en resultados. Las tradiciones morales generan un «sistema de valores heredado», que es «un dispositivo para superar nuestra ignorancia constitucional», una ignorancia que se refiere tanto a la vasta incognoscibilidad del mundo como a todas las consecuencias de nuestras acciones.<sup>34</sup> Si lo supiéramos todo, si pudiéramos anticipar todos los efectos de la acción, y pudiéramos acordar «la importancia relativa de [...] los fines», dice Hayek, «no habría necesidad de reglas», incluyendo aquellas de la conducta moral.<sup>35</sup> Las reglas morales son valores últimos, no porque resuelvan el problema de los hechos incognoscibles y fines no compartidos, sino porque proveen de códigos para la acción a pesar de este problema —son un tipo peculiar de deferencia a la incognoscibilidad—. Como tales,

---

<sup>32</sup> La disparidad entre contribuciones y recompensas para ellos es inevitable e inevitablemente decepcionante, pero no injusta. Hayek, *La fatal arrogancia...*, p. 118.

<sup>33</sup> Hayek reconoce que la envidia y la frustración resultantes pueden generar actitudes anticapitalistas, pero esas actitudes malinterpretan cómo funciona el capitalismo y qué es la justicia. Hayek, *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism...*, p. 199.

<sup>34</sup> Hayek, *Law, legislation and liberty. Volume 2: The Mirage of Social Justice*, *op. cit.*, p. 5, 8.

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 8.

sin embargo, estas reglas solo pueden guiar la conducta moral; no pueden por sí solas generar un orden moral. En el mismo sentido en que el esfuerzo puede ser inconmensurable con la recompensa en el terreno económico, «la conducta moral no necesariamente gratifica los deseos morales» de resultados particulares.<sup>36</sup> Esto puede parecer desgraciadamente injusto e incluso poco razonable, como lo es perder repetidamente en un juego de azar.

«Claramente no nos gustan los resultados moralmente ciegos» —escribe Hayek sobre los arreglos morales-económicos generados por un orden espontáneo y protegidos contra la interferencia política—, pero son la dura verdad de la historia humana libre y progresiva en un mundo donde somos demasiado ignorantes como para tramar resultados colectivos predecibles o para ponernos de acuerdo sobre los valores comunes. Asimismo, «el vano intento por representar como justa una situación cuyos resultados, por su propia naturaleza, no pueden ser determinados por lo que alguien hace o puede saber, solo daña el funcionamiento del proceso mismo».<sup>37</sup> Y así pasa Hayek de la afirmación de que los moralmente correctos o los que trabajan duro pueden no ser recompensados por su virtud, a declarar que «la desigualdad es esencial para el desarrollo» y que «la evolución no puede ser justa» en el sentido popular de la palabra.<sup>38</sup> La verdadera justicia requiere que las reglas del juego sean universalmente conocidas y aplicadas, pero cada juego tiene ganadores y perdedores, y la civilización no puede evolucionar sin dejar atrás los efectos tanto de la debilidad y del fracaso como del

---

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 74.

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 34.

<sup>38</sup> *Ibidem*, pp. 74, 118.

azar. Así, describe «el juego» que hará avanzar la civilización, satisfará deseos, difundirá información, ofrecerá libertad, y será por completo «sin diseño», aun cuando sea capaz de mejorar con el tiempo:

Funciona, como todos los juegos, según reglas que guían las acciones de los participantes individuales cuyos objetivos, habilidades y conocimientos son diferentes, con la consecuencia de que el resultado será impredecible y de que habrá regularmente ganadores y perdedores. Y mientras, como en un juego, hacemos bien en insistir en que sea justo y que nadie haga trampa, no tendría sentido demandar que los resultados para los diferentes jugadores sean justos. Estos serán por necesidad determinados en parte por la habilidad y en parte por la suerte.<sup>39</sup>

Ahora estamos en posición de entender lo que Hayek considera tan peligroso en los militantes por la justicia social que reharían el mundo según un plan racional o grandes cálculos morales. Estos se nutren de la «fatal arrogancia» de la sociedad y de los mal orientados principios de igualdad para atacar los dos pilares gemelos de la civilización: la moralidad tradicional y los mercados competitivos. Están además motivados por una forma de primitivismo social e intelectual que imagina a un director detrás de «todo proceso autoordenado» y no tienen la madurez para desentrañar la evolución histórica y la cooperación social que exceden el diseño intencionado.<sup>40</sup> Son infantiles también al demandar igualdad de resultados. Inapropiadamente someten la moralidad a estándares racionales y confunden mercado y justicia moral con resultados, en vez de reglas. Intervienen en los mercados de maneras que dañan la innovación, el

---

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 71

<sup>40</sup> *Ibidem*, pp. 62-63

desarrollo y el orden espontáneo.<sup>41</sup> Más que estar meramente desorientada, la justicia social ataca la justicia, la libertad y el desarrollo civilizatorio asegurado por los mercados y la moral. Si la creencia en lo social y en la administración política de la sociedad es lo que nos lleva por este camino, entonces la sociedad debe ser desmantelada.

En el neoliberalismo actualmente existente, este desmantelamiento tiene lugar en muchos frentes. Epistemológicamente, desmantelar la sociedad implica negar su existencia, tal y como hizo Thatcher en la década de 1980, o descartar las preocupaciones por la desigualdad como «política de la envidia», línea que el candidato presidencial Mitt Romney usó treinta años después, y que hoy es un contraargumento para las propuestas de cobrar impuestos a la riqueza.<sup>42</sup> Políticamente implica hacer uso de las demandas de libertad a fin de desafiar la igualdad y el laicismo junto con la protección del medio ambiente, de la salud, de la seguridad, del trabajo y de los consumidores. Éticamente, supone desafiar a la justicia social de la mano de la autoridad natural de los valores tradicionales. Culturalmente, conlleva una versión de aquello que los ordoliberales llamaron «desmasificación», apuntalando a los individuos y a las familias contra las fuerzas del capitalismo que los amenazan.

Este último giro, desconocido particularmente para los estadounidenses, requiere una breve elaboración. El ordoliberalismo, conocido por sus raíces como

---

<sup>41</sup> «La curiosa tarea de la economía es demostrar a los hombres lo poco que saben realmente sobre aquello que imaginan que pueden diseñar». Hayek, *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism*, op. cit., p. 76.

<sup>42</sup> Michael White, «Nick Clegg's 'Politics of Envy': A Brief History», disponible en *The Guardian*, 29 de agosto de 2012, <https://www.theguardian.com>.

Escuela de Friburgo, presentó un constructivismo más abierto —en cuanto al Estado, la economía y el sujeto— que cualquier otra variante del neoliberalismo. La desmasificación estuvo entre estos proyectos: el objetivo era desafiar el proceso, que los ordoliberales creían inherente al capitalismo, a través del cual se genera una población que cada vez más piensa y actúa como masa. Al llamar a este proceso «proletarización» (aceptando gran parte de la explicación histórica de Marx pero oponiéndose a sus valores políticos y esperanzas), ellos consideraban que el capitalismo genera una fuerza social desindividualizada e incluso desterritorializada factible de rebelarse contra este, con la demanda de un Estado social o de una revolución socialista. La desmasificación ordoliberal apuntaba a contrarrestar la proletarización al empresarializar (y por lo tanto al reindividualizar) a los trabajadores, por un lado, y por el otro al readecuar a los trabajadores a las prácticas de autoaprovechamiento familiar. Reenraizamiento y autoaprovechamiento es como Wilhelm Röpke se refirió a estas prácticas y a las medidas que las facilitaban, las cuales desarrollarían un nuevo «marco antropológico» para hacer a los trabajadores «más resilientes de cara a las recesiones económicas». <sup>43</sup> «Anclados en la comunidad y en la familia», serían capaces de aguantar lo que el colega de Röpke, Alexander Rustow, denominó la «sociedad fría» del precio económico y la competitividad de factores. <sup>44</sup> Este anclaje

---

<sup>43</sup> Wilhelm Röpke, *The Moral Foundation of Civil Society*, New Brunswick (NJ), Transaction Books, 2002, p. 32, citado en Werner Bonefeld, «Human Economy and Social Policy: On Ordo-Liberalism and Political Authority», *History of the Human Sciences*, núm. 26(2), 2013, p. 114.

<sup>44</sup> Alexander Rustow, *Die Religion der Marktwirtschaft*, Berlín, LIT, 2009, p. 65; y Rustow, *Freiheit und Herrschaft: Eine Kritik der Zivilisation*, Münster, LIT, 2005, p. 365, citado en Bonefeld, «Human Economy and Social Policy»..., p. 114. Véase también Rustow, «Social

también impide que los trabajadores «sean presa de la locura proletaria» que demanda «la manzana podrida del Estado de bienestar».<sup>45</sup>

A finales del siglo XX, la «desmasificación» fue reemplazada por la «empresarialización» neoliberal y la «capitalización humana» de los sujetos, en tanto las reformas políticas apuntaban a transferir casi todo aquello provisto por el Estado social a individuos y familias, fortaleciéndolos de paso.<sup>46</sup> Tres cosas importantes ocurren por medio de estas estrategias. Primero, la empresarialización, o lo que los franceses y británicos llamaron «responsabilización», produce un sujeto que Foucault denominó «una multitud de empresas» o lo que, en su forma financiarizada, Michel Feher llama «un portafolio de autoinversiones» designado para mantener o acrecentar el valor del capital humano.<sup>47</sup> (Este portafolio incluye cuidado infantil, educación, salud, apariencia y pensiones). Segundo, en lugar de las estrategias pastoriles de Röpke para construir resiliencia, según las cuales en los hogares urbanos se deben plantar huertos y criar pollos, los trabajadores de hoy desproletarizados y desindicalizados entran a la economía colaborativa y del contrato, donde transforman sus posesiones, su tiempo, sus conexiones, y a sí mismos en fuentes de capitalización. Alquilar cuartos en Airbnb, conducir para Lyft o Uber, hacer trabajo *freelance* para Task Rabbit, compartir una

---

Policy or Vitalpolitik» y en Thomas Biebricher y Frieder Vogelmann (eds.), *The Birth of Austerity: German Ordoliberalism and Contemporary Neoliberalism*, Londres, Rowman and Littlefield, 2017, pp. 163-175.

<sup>45</sup> Bonefeld, «Human Economy and Social Policy»..., p. 114.

<sup>46</sup> Melinda Cooper lo denomina el retorno de las leyes británicas para pobres. Véase *Family Values: Between Neoliberalism and the New Social Conservatism*, Nueva York, Zone Books, 2017, capítulo 3.

<sup>47</sup> Michel Feher, *Rated Agency*, Nueva York, Zone Books, 2018, pp. 180-181. Véase también Michel Feher, «Self-Appreciation; or, The Aspirations of Human Capital», *Public Culture*, núm. 21 (1), 2009, pp. 27-28.

bicicleta, una herramienta o un coche, o simplemente al administrar una variedad de fuentes de ingresos de medio o corto plazo, los individuos o los hogares intentan sobrevivir a los recortes económicos y a las recesiones. Tercero, mientras las inversiones sociales en educación, vivienda, salud, cuidado infantil y seguridad social decrecen, se reasigna a la familia la responsabilidad de sostener a todo tipo de dependientes —jóvenes, adultos mayores, enfermos, desempleados, estudiantes endeudados, adultos deprimidos o adictos—. <sup>48</sup>

Por estas tres vías, el neoliberalismo no solo rescata al capitalismo que estaba en crisis desde la década de 1970, sino también rescata al sujeto y a la familia de las fuerzas desintegradoras de la modernidad tardía. De hecho, el desmantelamiento epistemológico, político, económico y cultural de la sociedad de masas en términos de capital humano y unidades familiares morales-económicas, junto con la resultante recuperación del individuo y de la familia en el momento exacto de su aparente extinción, están entre los logros más impresionantes del neoliberalismo. Desnaturalizadas hasta la médula, las versiones neoliberales de las unidades individuales y familiares pueden volverse más fuertes que cualquiera de sus iteraciones previas.

### **Hayek hoy: la libertad y lo social**

Si la crítica de Hayek a la justicia social fue iconoclasta en las décadas de posguerra, hoy se ha convertido en el sentido común de un robusto conservadurismo.

---

<sup>48</sup> Cooper, *Family Values*, *op. cit.* Véase también Janet Halley y Libby Adler, «You Play, You Pay: Feminists and Child Support Enforcement in the U.S.», en Janet Halley, *et al.*, *Governance Feminism: Notes from the Field*, Minneapolis (MN), University of Minnesota Press, 2019.